

# LA TINAJA INAGOTABLE

## Volumen 1 – Sermón No. 290

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
18 DE DICIEMBRE DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EXETER HALL, STRAND**

***“Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó,  
conforme a la palabra que Jehová había dicho por Elías”  
1 Reyes 17:16***

En medio de la ira, Dios se acuerda de la misericordia. El amor divino resplandece cuando brilla en medio de los juicios. Hermosa es esa estrella solitaria que sonríe a través de las grietas de las nubes del trueno, brillante es el oasis que florece en el desierto de arena, tan hermoso y tan brillante es el amor en medio de la ira.

En el caso presente, Dios había enviado una hambruna que lo consumía todo sobre las tierras de Israel y Sidón. Los dos pueblos habían provocado al Altísimo, el uno renunciando a él, y el otro enviando a su reina, Jezabel, para enseñar la idolatría en medio de Israel. Por lo tanto, Dios determinó retener tanto el rocío como la lluvia de las tierras contaminadas.

Pero mientras hacía esto, cuidaba de que sus propios elegidos estuvieran seguros. Si todos los arroyos se secasen, habría uno reservado para Elías, y si éste faltase, Dios conservaría para él un lugar de sustento, es más, no sólo eso, pues Dios no tenía simplemente un Elías, sino que tenía un remanente conforme a la elección de la gracia, que fueron escondidos por cincuenta en una cueva, y aunque toda la tierra estaba sujeta a la hambruna, sin embargo, estos cincuenta en la cueva fueron alimentados, y alimentados de la mesa de Acab también, por su fiel, temeroso de Dios mayordomo, Abdías.

Deduzcamos de ello que, pase lo que pase, el pueblo de Dios está a salvo. Si el mundo se quemara con fuego, entre las cenizas no se encontrarían las reliquias de ningún santo. Si el mundo volviera a ahogarse con el agua (como no sucederá), se encontraría otra arca para el Noé de Dios. Aunque las convulsiones sacudan la tierra sólida, aunque tiemblen todos sus pilares, aunque los cielos mismos se rasguen en dos, en medio del naufragio de los mundos el creyente estará tan seguro como en la hora más tranquila de descanso. Si Dios no puede salvar a Su pueblo bajo el cielo, lo salvará en el cielo.

Si el mundo se vuelve demasiado caliente para contenerlos, entonces el cielo será el lugar de su recepción y su seguridad. Tened, pues, confianza cuando oigáis hablar de guerras y rumores de guerras. Que ninguna agitación te aflija. Venga lo que venga sobre la tierra, tú, bajo las anchas alas de Jehová, estarás seguro. Apóyate en Su promesa, descansa en Su fidelidad, y desafía al más negro futuro, pues no hay nada en él funesto para ti.

Aunque hago estas pocas observaciones a modo de prefacio, éste no es el tema de esta mañana. Me propongo tomar el caso de la pobre viuda de Sarepta como una ilustración del amor divino, tal como se manifiesta al hombre, y tendré tres cosas para que ustedes noten. Primero, el objeto del amor divino; segundo, los métodos singulares del amor divino; y luego, en tercer lugar, la fidelidad imperecedera del amor divino: "La tinaja de harina no escaseo, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra de Jehová".

### I. En primer lugar, permítanme hablar sobre **los objetos del amor divino**.

1. Y aquí observamos desde el principio cuán soberana fue la elección. Nuestro Salvador mismo nos lo enseña cuando dice: "Os aseguro que había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y seis meses, cuando hubo gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, ciudad de Sidón, a una mujer que era viuda".

He aquí la soberanía divina. Cuando Dios eligió a una mujer, no fue a una de su propia raza favorecida de Israel, sino a una pobre pagana desamparada, nacida de una raza que había sido condenada a ser exterminada. He aquí el amor de elección en una de sus manifestaciones soberanas.

Los hombres siempre están peleando con Dios porque Él no somete Su voluntad al dictado de ellos. Si pudiera haber un Dios que no fuera absoluto, los hombres se crearían dioses, y por eso se odia la soberanía, porque humilla a la criatura y la hace inclinarse ante un Señor, un Rey, un Amo, que hará lo que le plazca.

Si Dios escogiera reyes y príncipes, entonces los hombres admirarían Su elección. Si hiciera que Sus carros se detuvieran a la puerta de los nobles, si se bajara de Su trono y diera Su misericordia sólo a los grandes, a los sabios y a los entendidos, entonces se oiría el grito de alabanza a un Dios que honrara así las bellas acciones del hombre. Pero porque Él escoge tomar las cosas bajas de este mundo, las cosas que son despreciadas, y las cosas que no son, porque Él toma estas cosas para destruir las cosas que son, por eso Dios es odiado por los hombres.

Sin embargo, sepan que Dios ha apartado para sí al piadoso. Ha escogido para sí a un

pueblo que traerá a sí al fin, que es su tesoro peculiar, los predilectos de su elección. Pero estas personas son por naturaleza las más improbables sobre la faz del mundo entero.

Los hombres de hoy hundidos en el pecado, sumidos en la locura, embrutecidos, sin conocimiento, sin ingenio, éstos son precisamente los que Dios ordena salvar. A ellos les envía la Palabra con su fuerza eficaz, y éstos son arrancados como tizones de la hoguera.

Nadie puede adivinar las razones de la elección divina. Este gran acto es tan misterioso como lleno de gracia. A lo largo de la Escritura nos asombramos continuamente con casos resplandecientes de soberanía ilimitada, y el caso de esta viuda es uno entre muchos. El amor electivo pasa por alto a las miles de viudas que habitaban en la propia tierra de Dios, y viaja más allá de las fronteras de Canaán, para cuidar y preservar a una mujer pagana de Sarepta.

Algunos hombres odian la doctrina de la soberanía divina, pero aquellos que son llamados por gracia la aman, pues sienten que si no hubiera sido por la soberanía nunca habrían sido salvos. Ah, si ahora somos Su pueblo, ¿qué había en alguno de nosotros para merecer la estima de Dios? ¿Cómo es que algunos de nosotros nos convertimos, mientras que a nuestros compañeros en el pecado se les deja perseverar en su carrera impía? ¿Cómo es que algunos de nosotros, que antes éramos borrachos, blasfemos y cosas por el estilo, estamos sentados hoy aquí para alabar al Dios de Israel? ¿Había algo bueno en nosotros que moviera el corazón de Dios para salvarnos? Dios nos libre de permitirnos ese pensamiento blasfemo.

No había nada en nosotros que nos hiciera mejores que los demás, o más merecedores. A veces somos propensos a pensar que era al revés. Había mucho en nosotros que podría haber hecho que Dios nos pasara por alto si nos hubiera mirado. Y sin embargo, aquí estamos, alabando Su nombre.

Decidme, vosotros que negáis la soberanía divina, ¿cómo es que los publicanos y las ramera entras en el reino de los cielos, mientras que el fariseo farisaico está excluido? ¿Cómo es que de la escoria de esta ciudad, Dios recoge algunas de sus joyas más brillantes, mientras que entre los eruditos y filósofos, hay muy pocos que doblen la rodilla ante el Dios de Israel? Dime, ¿cómo es que en el cielo hay más siervos que amos, más pobres que ricos, más necios que sabios?

¿Qué diremos de esto? "Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los prudentes, y las revelaste a los niños. Así, Padre, porque así te ha parecido bien".

2. Pero si hay soberanía en la elección, no puedo omitir otro pensamiento afín. ¡Qué inmerecimiento había en la persona! Ella no era Ana. No leo que hubiera herido a los enemigos

del Señor, como Jael, o que hubiera abandonado a los dioses de su país, como Rut. No era más notable que cualquier otra pagana. Su idolatría era tan vil como la de ellos, y su mente tan necia y vana como la del resto de sus compatriotas.

Ah, y también en los objetos del amor de Dios, no hay nada que pueda mover Su corazón a amarlos, nada de mérito, nada que pueda moverlo a elegirlos. Escucha cómo los comprados con sangre cantan ante el trono. Arrojan sus coronas a los pies de Jehová, y unidos dicen: "No a nosotros, no a nosotros, sino a tu nombre sea toda la gloria por los siglos".

No hay ninguna nota dividida en el cielo sobre este asunto. Ningún espíritu en la gloria se atreverá a decir que merecía estar allí. Fueron extranjeros una vez, y fueron buscados por la gracia. Eran negros, y fueron lavados con sangre. Sus corazones eran duros, y fueron ablandados por el Espíritu. Estaban muertos, y fueron vivificados por la vida divina. Y todas las razones de esta obra de gracia en y sobre ellos se encuentran en el pecho de Dios, y no en absoluto en ellos. Por sencilla que parezca esta verdad, y estando como está en la base misma del sistema evangélico, ¡cuán a menudo se olvida!

Ah, hombres y hermanos, ustedes dicen: "Yo vendría a Cristo si tuviera un mejor carácter. Pienso que Dios me amaría si hubiera algunas buenas obras, y algunos rasgos redentores en mi carácter". No, pero escúchame, hermano mío, Dios no ama al hombre por nada en el hombre. Los salvos no son salvos por algo que hayan hecho, sino simplemente porque Él tendrá misericordia de quien Él tenga misericordia, y Él tendrá compasión de quien Él tenga compasión.

Estás en tan buen lugar como cualquier otro pecador no regenerado sobre la faz de la tierra, ¿por qué Dios no habría de tener misericordia de ti? Tus méritos o tus deméritos no tienen nada que ver con el asunto. Si Dios tiene la intención de bendecir, no se fija en lo que eres. Él encuentra Su motivo en la profundidad de Su propia voluntad amorosa, y no en ti. ¿Puedes creer que, aunque seas negro, sucio, enfermo y leproso, el amor de Dios pueda derramarse en tu corazón? No desesperes, pues Él puede salvar hasta lo sumo.

3. Al continuar considerando a esta mujer, quiero que noten que su condición era miserable también, en grado sumo. No sólo tuvo que sufrir el hambre que había caído sobre todos sus vecinos, sino que su esposo le fue arrebatado. Él habría compartido con ella el último bocado que sus cansados miembros pudieran ganar, le habría pedido que apoyara su cabeza en su pecho fuerte y fiel, y le habría dicho: "Esposa mía, si hay pan, tu boca lo probará, si hay agua para beber, no tendrás sed". Pero, ¡ay! él le fue arrebatado y ella quedó viuda.

Además, no le había dejado ninguna herencia. No tenía patrimonio, ni criado. Esto se deduce del hecho de que ni siquiera tenía leña. Ahora bien, no había razón para que no la

tuviera incluso en tiempo de hambruna de pan, pues no había hambruna de leña, a menos que hubiera sido extremadamente pobre. Su situación era tan extrema que salía de la ciudad a las tierras comunales para recoger unos pocos palos con los que cocinar su comida. No tenía entonces con qué comprar pan, pues incluso el combustible debía recogerlo ella misma.

Te dije que su marido no le había dejado nada, sí, le había dejado algo, pero ese algo, aunque muy querido, no era más que otra fuente de problemas para ella. Le había dejado un hijo, su único hijo, y este hijo tiene ahora que compartir su inanición. Creo que estaba demasiado débil para acompañar a su madre en esta ocasión. Llevaban tanto tiempo sin comer que él no podía levantarse de la cama; de lo contrario, buena alma, ella lo habría traído consigo, y él habría podido ayudarla a recoger unos cuantos palos.

Pero ella lo había acostado en la cama, temiendo que muriera antes de llegar a su casa, sabiendo que no podía acompañarla porque sus miembros eran demasiado débiles para soportar el poco peso de su propio pobre cuerpo demacrado. Y ahora ha salido con un doble problema, recoger un puñado de palos para aderezar su última comida, para poder comerla y morir.

Ah, mis queridos amigos, aquí es justo donde la gracia soberana nos encuentra en la profundidad de la pobreza y la miseria. No me refiero, por supuesto, a la pobreza temporal, sino a la angustia espiritual. Mientras tengamos la tinaja llena de nuestros propios méritos, Dios no tendrá nada que ver con nosotros. Mientras la vasija de aceite esté llena a rebosar, nunca probaremos la misericordia de Dios. Porque Dios no nos llenará hasta que nos vaciemos de nosotros mismos.

Ah, qué miseria causa la convicción de pecado en el pecho del pecador. He conocido a algunos tan desdichados, que ni todos los tormentos de la inquisición podrían igualar su agonía. Aunque los tiranos pudieran inventar el cuchillo, los hierros candentes, la lanza, las astillas puestas debajo de las uñas y cosas semejantes, no podrían igualar el tormento que algunos hombres han sentido cuando han sido condenados por el pecado. Han estado dispuestos a poner fin a sí mismos. Han soñado con el infierno por la noche, y cuando se han despertado por la mañana ha sido para sentir lo que han soñado.

Pero entonces ha sido en este mismo momento, cuando toda su esperanza se había desvanecido, y su miseria había llegado a su extremo, que Dios los miró con amor y misericordia.

¿Acaso hay un oyente así en esta multitud esta mañana? ¿Acaso no hay alguien que está herido en su corazón, cuya vida está arruinada, que camina con el cansancio de su espíritu, clamando: "Oh, que me fuera de este mundo, para librarme del pecado, pues oh, mi carga me

oprime como si me hundiera en el más bajo infierno. Mi pecado es como una piedra de molino alrededor de mi cuello y no puedo librarme de él".

Oidor mío, me alegra oírte hablar así, me alegro de tu infelicidad, y eso no porque me guste verte miserable, sino porque este dolor tuyo es un paso hacia la bienaventuranza eterna. Me alegro de que seas pobre, porque hay uno que te hará rico. Me alegro de que ese tinaja de harina tuyo se haya desperdiciado, porque ahora se obrará para ti un milagro de misericordia, y comerás el pan del cielo en abundancia. Me alegro de que se haya acabado esa vasija de aceite, pues ahora se derramarán sobre ti ríos de amor y misericordia.

Sólo créelo. En el nombre de Dios te aseguro que si eres llevado al extremo, Dios aparecerá ahora por ti. Mira hacia arriba, pecador, mira lejos de ti mismo, mira a Dios que está sentado en el trono, un Dios de amor. Pero si eso es demasiado alto para ti, mira hacia arriba, pecador, a esa cruz. El que está colgado allí murió por alguien como tú. Esas venas fueron abiertas por pecadores completamente arruinados y deshechos. Esa agonía que Él sufrió fue por aquellos que sienten una agonía de corazón como la tuya. Sus aflicciones fueron para los afligidos, Su llanto hizo expiación por los afligidos.

¿Puedes creer ahora la palabra que está escrita: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores"? ¿Te atreves a confiar ahora en los méritos de Cristo? ¿Puedes decir: "Húndete o nada, mi esperanza está en la cruz"? Oh, pecador, si Dios te ayuda a hacer esto, serás un hombre feliz. Tu pobreza será eliminada, y como la viuda de Sarepta, no conocerás la escasez hasta el día en que Dios te lleve al cielo, donde estarás satisfecho por toda la eternidad.

No sé si he expresado con suficiente claridad lo que pretendía decir, pero lo que quería resaltar es esto, así como Dios envió a Su profeta Elías por pura soberanía a una mujer que no merecía nada de Sus manos, y así como le envió un profeta en el momento de su mayor miseria y dolor, así es enviada la Palabra de Dios a ti, oyente mío, esta mañana, si te encuentras en una condición similar.

## II. Ahora, llego al segundo punto, **la gracia de Dios en sus tratos.**

Quiero que noten, en primer lugar, que el amor de Dios hacia esta mujer en su trato fue del carácter más singular. Notarán que la primera palabra que esta pobre mujer oyó del Dios de Israel fue una que más bien la robó que la enriqueció. Fue ésta: "Te ruego que me traigas un poco de agua en una vasija para que beba".

Era tomar algo de esa ya muy disminuida reserva. Y a continuación vino otro: "Te ruego que me traigas un bocado de pan en tu mano". Esto era más bien exigir que otorgar. Y sin embargo, singular es, esta es sólo la forma en que la misericordia soberana trata con los

hombres.

Es una exigencia aparente más que un don abierto. Porque, ¿qué nos dice Dios cuando nos habla por primera vez? Dice esto: "Arrepentíos y convertíos cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesús". "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". Pero dice el alma: "no puedo arrepentirme, está más allá de mi poder, no puedo creer; quisiera poder creer, pero esto está más allá de mi alcance. ¿Y me ha pedido Dios que ejerza una fuerza que no tengo? ¿Exige de mí lo que no puedo dar? Yo creía que Él daba, no sabía que me pedía".

Ay, pero alma, fíjate en lo que hizo esta mujer en obediencia al mandamiento. Ella fue y trajo el agua, y trajo el bocado de pan, y el agua no disminuyó por lo que ella dio, y el pan mismo aumentó al gastarlo. Cuando Dios dice al pecador: "Cree", si ese pecador cree, no es por su propio poder, sino por la gracia que acompaña al mandamiento.

Pero el pecador no lo sabe al principio. Cree que cree, cree que se arrepiente. Yo no creo que la comida que la mujer trajo al profeta fuera comida suya, era comida sacada de su depósito, y sin embargo no fue sacado de él, fue comida que se le dio por milagro; la primera entrega de provisiones milagrosas.

Y así, si crees, dirás: "He creído". Sí, fue sacado de tu tinaja, pero aun así no fue tu creer, fue un acto de fe obrado en ti. He aquí un pobre hombre con un brazo marchito, quiere que se lo restauren. Ahora, te imaginarás que lo primero que Cristo le dirá será: "Hombre, haré que tu brazo seco cobre vida, lo volveré a animar de tal manera que tendrás poder para levantarlo". No, Él no dice tal cosa. Sino que antes de darle al hombre el poder, le dice: "Extiende tu mano".

Supongamos que hubiera gritado: "Señor, no puedo", y su brazo marchito hubiera quedado colgando a su lado hasta morir. Pero en vez de eso, vino la orden, el hombre tuvo la voluntad de obedecer, y de repente tuvo el poder, pues extendió su mano seca. ¿Qué? diréis vosotros, ¿extendió esa mano por su propia fuerza? No, y sin embargo se le ordenó que lo hiciera. Y así, si ustedes están dispuestos a creer, si ahora sus corazones dicen: "Quiero creer, quiero arrepentirme", el poder vendrá con la voluntad, y la mano seca será extendida.

Yo predico continuamente la exhortación y el mandato. No me avergüenzo de decir con el profeta Ezequiel: "¡Vivan los huesos secos! Vivan las almas muertas". Si esto se considera doctrina errónea, seré aún más herético. "El hombre no puede hacerlo, ¿por qué decirle que lo haga?" Simplemente como un ejercicio de fe.

Si yo le digo a un hombre que haga lo que puede hacer, cualquiera puede decírselo, pero el siervo de Dios le dice que haga lo que no puede hacer, y el hombre lo hace, porque Dios honra el mandato de su siervo, y da la fuerza con el mandato.

A los pecadores muertos en el pecado se da el grito esta mañana: "¿Quieres la salvación? Cree en Cristo. ¿Quieres el perdón de tus pecados? Míralo". ¡Oh! no respondas: "No puedo creer, no puedo mirar". En vez de eso, que el Espíritu de Dios incline tu mente, para que digas: "crearé," y entonces creerás. Oh, que digas: "Me arrepentiré", y entonces te arrepentirás.

Y aunque no sea tu propia fuerza, será una fuerza dada tan instantáneamente en el momento, que por un tiempo no sabrás si es tu fuerza o la fuerza de Dios, hasta que avances más en la vida divina, y entonces descubrirás que toda la fuerza desde la primera hasta la última es de Dios.

Digo que los tratos de la gracia divina con esta mujer deben considerarse extremadamente singulares desde ese punto de vista. Y, sin embargo, no son sino el tipo y el modelo de los tratos de Dios con todos aquellos a quienes salva.

Ahora, el siguiente punto. Los tratos de amor con esta pobre mujer no sólo fueron singulares, sino sumamente difíciles. ¡Lo primero que escucha es una prueba, regalar algo de esa agua que su hijo y usted mismo requieren! ¡Regala una parte de ese último pastel que pretendía comer y morir!

Es más, toda la obra fue una cuestión de prueba, pues nunca había más en la tinaja que al principio. Había un puñado por la noche y otro a la mañana siguiente, pero nunca dos puñados a la vez. Hasta el último momento no había más que un poco de aceite en la vasija. Cada vez que la miraba, sólo quedaba un poco de aceite para untar las tortas de harina. La vasija nunca estaba llena, no había ni una gota más de lo que había al principio.

De modo que esta mujer, la primera vez que comió la comida de la tinaja, pudo haber pensado: "Bueno, he desayunado de una manera extraordinaria, pero ¿dónde encontraré comida al mediodía?". Pero cuando fue sólo quedaba un puñado. Lo sacó y lo preparó, y la incredulidad le habría susurrado: "Pero no habrá nada al atardecer". Pero, sin embargo, cuando llegó la noche, había justo lo suficiente para la hora. La tinaja nunca se llenaba, y sin embargo nunca se vaciaba. La provisión era poca, pero siempre suficiente para el día.

Ahora, si Dios nos salva, será un asunto difícil. En todo el camino al cielo, sólo llegaremos allí a través de muchas dificultades.

No iremos al cielo navegando con las velas hinchadas al compás de la brisa, como las aves marinas con sus hermosas alas blancas, sino que iremos a menudo con las velas hechas jirones, con los mástiles crujiendo y las bombas del barco trabajando de noche y de día. Llegaremos a la ciudad cuando se cierre la puerta, pero no una hora antes.



Oh, creyente, tu Señor te llevará a salvo hasta el final de tu peregrinación, pero fíjate, nunca tendrás ni una partícula de fuerza para malgastar en desenfreno por el camino. Tendrás suficiente para subir la colina Difícil, pero sólo lo suficiente entonces trepando sobre tus manos y rodillas. Tendrás fuerza suficiente para luchar contra Abadón, pero cuando termine la batalla no te quedará fuerza en el brazo. Tus pruebas serán tantas que si tuvieras una sola prueba más, sería como la última onza que rompe la espalda del camello.

Pero, sin embargo, aunque el amor de Dios te ponga a prueba durante todo el camino, tu fe soportará la prueba, pues mientras Dios te derriba a tierra con una mano en providencia, te levantará con la otra en gracia. Tendrás consuelo y aflicción pesados en igual medida, onza por onza, y grano por grano, serás como el israelita en el desierto, si recoges mucho maná, no te sobrarán nada, mientras que bendito sea Dios, si recoges poco no te faltará nada. Tendrás gracia diaria para las pruebas diarias.

De este interesante tema paso a otro que no lo es menos. Aunque los tratos del Señor con esta mujer de Sarepta fueron muy difíciles, sin embargo fueron muy sabios. Ustedes me preguntan: ¿Por qué Dios no le dio de inmediato un granero lleno de harina, y una cuba llena de aceite? Os lo diré. No fue meramente por la intención de Dios de probarla, sino que había sabiduría aquí.

Supongamos que Él le hubiera dado un granero lleno de comida, ¿cuánto habría sobrado al día siguiente? Me pregunto si habría quedado algo. Porque en días de hambre los hombres son agudos de olfato, y pronto se habría oído por toda la ciudad: "La vieja viuda que vive en tal o cual calle, tiene una gran reserva de comida". Habrían provocado un motín, robado en la casa y tal vez matado a la mujer y a su hijo. La habrían despojado de su tesoro, y en veinticuatro horas la tinaja de harina habría estado tan vacía como al principio, y la vasija de aceite se habría derramado por el suelo.

¿Qué tiene eso que ver con nosotros? Sólo esto, si el Señor nos diera más gracia de la que queremos para el día, tendríamos a todos los demonios del infierno tratando de robarnos. Bastante tenemos con luchar con Satanás. Pero ¡qué alboroto habría! Tendríamos decenas de miles de enemigos abalanzándose sobre nuestra reserva de gracia, y tendríamos que defender nuestra reserva contra todos esos asaltantes.

Ahora bien, creo que si bien es bueno para nosotros tener un poco de dinero a mano, debemos dejar que nuestra verdadera propiedad en libras esterlinas permanezca en manos de nuestro gran banquero de arriba. Si los ladrones entraran, como lo hacen a menudo, y robaran mis evidencias, y se llevaran mis comodidades; sólo se llevarían unas cuantas monedas sueltas que tengo en la casa por conveniencia, no podrían robar mi verdadero tesoro, pues

está asegurado en un cofre de oro, cuya llave oscila en el cinturón del Señor Jesucristo. Es mejor que tengas una herencia guardada en el cielo para ti, a que te la den para que la cuides por ti mismo, pues pronto la perderías y te volverías tan pobre como siempre.

Además, había otra razón por la que a esta mujer no se le daba la comida de una vez. Cualquiera que se precie de serlo sabe que la harina no se conserva en grandes cantidades. Pronto engendra un tipo peculiar de gusano, y después de un poco de tiempo se vuelve rancia, y a nadie se le ocurriría comerla. Ahora, la gracia tiene el mismo carácter. Si tienes una reserva de gracia, engendra un gusano llamado orgullo.

Tal vez haya visto ese gusano. Es muy prolífico. Siempre que tengo una pequeña reserva extra de dones, o de gracia, encuentro que este gusano se reproduce en la comida, y pronto comienza a oler a moho, y sólo sirve para el estercolero. Si tuviéramos más gracia de la que necesitamos, sería como el maná de antaño, que cuando se guardaba, criaba gusanos y apestaba. Además, cuánto mejor sería, aunque se conservara, tenerlo fresco y nuevo todos los días.

¡Oh, tener el pan del cielo caliente del horno celestial todos los días! Tener el agua de la roca, no como los marineros la tienen en las tinajas para un largo viaje por mar, donde el agua más dulce fermenta, y pasa por muchas etapas de descomposición, sino ¡oh, tenerla cada hora goteando a través de la roca divina! tenerla fresca de la fuente divina cada momento, ¡esto es tener una vida verdaderamente feliz!

Esta mujer no tenía por qué arrepentirse de no tener más que un puñado a mano, pues así tenía mayor incentivo para ser frecuente en sus súplicas a Dios. Después de haber sacado un puñado de comida, creo que la vi levantar los ojos llorosos y decir: "Gran Dios, hace ya dos años que por primera vez puse la mano de la fe en este tinaja, y ahora cada mañana, y cada mediodía, y cada noche, he hecho lo mismo, y nunca me ha faltado. Gloria sea al Dios de Israel".

Creo verla orando mientras se iba: "Oh, Señor, no cierres las entrañas de tu compasión. Has tratado bien a tu pobre sierva y la has alimentado durante muchos años. Concédeme que la tinaja no me falte ahora, pues no tengo reservas en la mano, concédeme que haya todavía un puñado de sobra, siempre lo suficiente, siempre todo lo que mis necesidades puedan requerir".

¿No veis que de este modo se ponía en contacto constante con Dios? Tenía más razones para orar y más motivos de gratitud que si hubiera recibido toda la bendición de una vez.

Esta es una de las razones por las que Dios no te da gracia de sobra. Él quiere que vengas a Él cada día, no, cada hora. ¿No te alegra la súplica? Puedes decir cada vez que vengas: "Señor,

aquí hay un mendigo necesitado a la puerta, no es un hombre ocioso el que está dando un golpe desbocado a la puerta de la oración, sino Señor, soy un alma necesitada, necesito una bendición y vengo".

Lo repito, el viaje diario al pozo de la misericordia nos hace bien. La mano de la fe es bendecida por el ejercicio de llamar a la puerta. "Danos hoy nuestro pan de cada día" es una buena oración, ¡oh gracia para usarla diariamente con nuestro Padre que está en los cielos!

Ahora, ¿cuál es el sentido de todo esto? Precisamente esto, entre las miles de cartas que recibo continuamente de mi congregación, me encuentro con esta pregunta muy común: "Oh, señor, siento tan poca fe, tan poca vida, tan poca gracia en mi corazón, que me inclino a pensar que nunca resistiré hasta el fin, y a veces temo no ser hijo de Dios en absoluto".

Ahora, mi querido amigo, si quieres una explicación de esto, la encontrarás en el texto. Tendrás lo suficiente para sobrellevar tus pruebas, pero no tendrás fe de sobra. Tendrás la suficiente gracia en tu corazón para mantenerte viviendo día tras día en el temor de Dios, pero no tendrás ninguna para sacrificar tu jactancia y ceder a tu propio orgullo. Me alegra oírte decir que sientes tu pobreza espiritual, porque cuando nos sabemos pobres, entonces somos ricos, pero cuando pensamos que somos ricos y que hemos aumentado en bienes, entonces estamos desnudos, y somos pobres, y miserables, y estamos en una triste situación en verdad.

Oh, quiero que recuerdes para tu consuelo, que aunque nunca tengas dos puñados de harina en la tinaja a la vez, nunca habrá menos de un puñado, que aunque nunca tendrás una cantidad doble de aceite a la vez, siempre habrá la cantidad requerida. No sobrará nada, pero no faltará nada. Así que toma esto para tu consuelo, como tus días así serán tus fuerzas, como tus necesidades así será tu gracia, como las demandas de tu necesidad, tal será el suministro de la misericordia de Dios. La copa estará llena aunque no rebose, y el arroyo correrá siempre, aunque no siempre desborde las orillas.

**III.** Concluyo llevándolos al punto sobre el que me detendré brevemente, pues ruego que su vida sea un sermón mucho más completo sobre este texto de lo que yo puedo esperar predicar: ***la fidelidad del amor divino.***

"La tinaja de harina no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra de Jehová que había hablado por Elías". Observarás que esta mujer tenía necesidades diarias. Tenía tres bocas que alimentar, se tenía a sí misma, a su hijo y al profeta Elías. Pero aunque la necesidad era triple, la provisión de comida no se desperdició.

Los niños tienen mucho apetito, y sin duda su hijo devoró rápidamente aquel primer pastelito. En cuanto al propio Elías, que había caminado nada menos que cien millas, cansado

por el viaje, podéis considerar que también tenía un apetito considerable, y mientras que ella, que había pasado hambre durante mucho tiempo, se alimentaría sin duda hasta saciarse. Pero aunque sus necesidades eran muy grandes al principio, la tinaja de harina no se desperdició. Todos los días ella recurría a él, pero todos los días seguía siendo el mismo.

Ahora, hermanos, ustedes tienen necesidades diarias. Debido a que vienen con tanta frecuencia, debido a que sus pruebas son tantas, sus problemas tan innumerables, que son propensos a concebir que la tinaja de comida estará un día vacía, y la vasija de aceite menguará. Pero ten por seguro que, según la Palabra de Dios, no será así.

Cada día, aunque traiga su aflicción, traerá su ayuda; aunque traiga su tentación, traerá su socorro; aunque traiga su necesidad, traerá su provisión; y aunque vengan día tras día, aunque vivas más años que Matusalén, y aunque vengan aflicción tras aflicción hasta que tus tribulaciones sean como las olas del mar, la gracia y la misericordia de Dios durarán a través de todas tus necesidades, y nunca conocerás la escasez.

Durante tres largos años los cielos nunca vieron una nube, y las estrellas nunca lloraron las santas lágrimas del rocío sobre la tierra malvada, durante tres largos años las mujeres se desmayaron en las calles, y devoraron a sus propios hijos por la escasez de pan, durante tres largos años los dolientes iban por las calles, desvanecidos y cansados, como esqueletos siguiendo cadáveres a la tumba, pero esta mujer nunca tuvo hambre, nunca conoció una carencia, siempre abastecida, siempre alegre en abundancia. Así será con vosotros.

Verás morir al pecador, porque confía en su fuerza nativa; verás tambalearse al orgulloso fariseo, porque construye su esperanza sobre la arena; verás arruinarse y marchitarse incluso tus propios planes, pero tú mismo descubrirás que tu lugar de defensa serán las municiones de las rocas, que se te dará tu pan y que tu agua será segura. El bastón en que te apoyas nunca se quebrará, el brazo en que descansas nunca quedará parálítico, el ojo que te mira nunca se oscurecerá, el corazón que te ama nunca se cansará, y la mano que te suministra nunca será débil.

¿No recuerdas un momento de tu experiencia, no hace mucho tiempo, en que llegaste al límite de tu ingenio? Dijiste: "Seguramente caeré en manos del enemigo". ¿Has caído? ¿No te has salvado todavía? Te ruego que mires atrás. No hace muchos meses que los negocios iban tan mal contra ti, que dijiste: "Debo dejarlo, desde que conozco al Señor he tenido más pruebas que nunca antes".

¿Has renunciado a ella? Has atravesado fuegos, déjame preguntarte, ¿te has quemado? ¿se ha chamuscado un pelo de tu cabeza? Has atravesado aguas, y profundas han sido, ¿te has ahogado? Dijiste que lo serías, pero ¿lo has sido? ¿Te han desbordado las crecidas de las

aguas? Cuando todas las olas de Dios y las marejadas de Dios han pasado sobre ti, ¿has sido destruido? ¿Acabaron con tu esperanza? ¿Cedió tu confianza? Una vez te hundiste, por decirlo así, en un verdadero mar de problemas, y pensaste que habrías sido ahogado en él como Egipto en el pasado.

¿No se dividieron ante ti las crecidas de las aguas? ¿No se erguían las profundidades como un montón, y no se coagulaban las inundaciones en el corazón del mar? Has tenido altas montañas en tu camino, y has dicho: "Nunca podré atravesar este camino, las montañas son demasiado escarpadas". Pero, ¿no las has escalado, y déjame preguntarte, no te has beneficiado de la escalada? Cuando has estado en su cima, ¿no se ha ampliado la visión de tu conocimiento? ¿no se ha hecho más puro y libre el aliento de tu oración? ¿No os han fortalecido vuestras visitas a las frías montañas de la aflicción, y no os han preparado para esfuerzos más gloriosos que antes?

Que el pasado consuele al futuro. Arranca una antorcha de los altares del pasado y reaviva las brasas moribundas del presente. El que ha estado contigo en el pasado, no te abandonará en el futuro. Él es Dios, Él no cambia, Él no te abandonará. Él es Dios, Él no miente, Él no puede dejarte. Él ha jurado por Sí mismo porque no puede jurar por nadie más, para que por dos cosas inmutables, Su juramento y Su promesa, tengamos un fuerte consuelo, quienes hemos huido al refugio para aferrarnos a la esperanza que está puesta ante nosotros.

Aunque la tinaja de harina no contenga más que una escasa provisión, aunque la vasija de aceite no contenga más que una gota, esa harina te durará hasta el fin, esa vasija de aceite, milagrosamente multiplicada hora tras hora, será suficiente hasta que recojas tus pies en el lecho, y con el buen viejo Jacob, termines tu vida con una canción, alabando y bendiciendo al ángel que te ha redimido de todo mal.

Ahora, habiéndome dirigido así a los hijos de Dios, espero que para su consuelo, deseo decir sólo una o dos palabras a aquellos a quienes he venido aquí con la esperanza de bendecir esta mañana: a aquellos de ustedes que no conocen nada del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor.

¿Qué pensarías de la condición del hombre que puede decir, y decir también con verdad, sin rubor ni tartamudeo: "Yo sé que soy el objeto del amor eterno de Dios, yo sé que Él ha puesto todos mis pecados tras Su espalda, y que estoy ante Él tan aceptado y tan amado como si nunca hubiera pecado"? ¿Qué dirían ustedes si ese hombre pudiera agregar confiadamente: "Yo sé que esta será mi posición en el tiempo y en la eternidad. Dios me ama tanto que no puede dejar de amarme. Él me preservará cualesquiera que sean mis problemas o tentaciones, y veré Su rostro, y me regocijaré en Su amor eternamente"?

Pues, respondes: "Si pudiera decir eso, daría todo lo que valgo, si valiera mil mundos los

daría todos por decir eso". ¿Es, entonces, algo inalcanzable? ¿Está tan alto fuera de tu alcance? Os digo, y el testimonio que doy es verdadero, que hay decenas de miles de hombres sobre la faz de la tierra de Dios que gozan de este estado. No siempre pueden decir lo mismo, pero aun así lo disfrutan año tras año continuamente.

Hay algunos de nosotros que sabemos lo que es no tener ninguna duda en cuanto a nuestro estado eterno. A veces temblamos, pero otras veces podemos decir: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar hasta aquel día lo que le he confiado." Otra vez les oigo decir: "Ojalá pudiera decir eso". Bien, mi querido oyente, es posible que lo digas dentro de poco; es más, puede ser que esta noche, antes de que el sueño cierre tus párpados, estés entre los hombres felices.

"No", dice uno, "pero yo soy el primero de los pecadores". Sí, pero Cristo es el Salvador del primero de los pecadores. "No", dice otro, "pero mi carácter es tan malo, mi disposición es tan mala". El Espíritu Santo puede cambiar tu disposición, puede renovar tu voluntad, y hacerte un hombre nuevo en Cristo. "Bien", dice un tercero, "puedo entender que puedo ser perdonado, pero no puedo pensar que alguna vez lo sabré". Esa es la gloria de la religión de Cristo, que no sólo perdona, sino que te lo dice, derrama en tu corazón una dulce conciencia de aceptación en Él, de tal manera que sabes mejor que si un ángel pudiera decírtelo, que ahora eres uno de la familia de Dios, que todos tus pecados han desaparecido, y que todo lo bueno es tuyo por un pacto eterno.

Otra vez, dice un cuarto, "Ojalá pudiera tenerlo". Bien, pecador, está en tu camino. ¿Sientes y sabes que no lo mereces, que no lo mereces y que lo mereces al infierno? Entonces todo lo que se te pide es que simplemente confieses tu pecado a Dios, reconozcas que has sido culpable, y luego te arrojes ante la cruz de Cristo. Él puede salvarte, pecador, porque Él puede salvar perpetuamente a todos los que por Él se acercan a Dios.

Que Dios Espíritu Santo envíe ahora la palabra a casa, y que algunos que han sido pobres como la viuda de Sarepta, encuentren ahora un milagroso suministro de gracia por Jesucristo nuestro Señor. Amén.